

HECHOS Y COMENTARIOS*

La intimidad literaria de Agustín Acosta

Por JOSE MARIA CHACON Y CALVO

III

QUIERO ofreceros, amigos, otros testimonios de la intimidad literaria de nuestro poeta que no tengan como medio de expresión el verso. Quiero hablaros de una confidencia suya, que nos acerca a ese momento de la interna elaboración de su poesía. Fué hace ya más de un lustro. Quizá hayan transcurrido dos. Agustín Acosta estaba tranquilo junto al mar. La "voz persuasiva y querida", como generosamente para mí nos refiere en un comentario inédito aún, le llegó de muy lejos. "No hay excusa posible", dijo. En el Ateneo — el Ateneo de La Habana, que ve en el de Matanzas a un hermano mayor, pues le precedió en su fundación cerca de veinte años— la noche del día once". Y la voz triunfó sin lucha, honrado es declararlo.

Debía leernos sus nuevos versos, sus últimos versos, y debía preceder a la lectura unos breves comentarios sobre los mismos. Y, ¿qué nos dijo el gran poeta en esta coyuntura? Simplemente voy a recoger un fragmento de la introducción a su lectura y después el comentario sutil de la primera de las composiciones que recitó en esa gran noche de poesía y de amistad. Para que sus palabras agudas, certeras, luminosas, tengan un ejemplo más convincente transcribiré también un pasaje de esos versos, que son característicos del momento teosófico de la poesía de Agustín Acosta, una teosofía que no pudo hacernos perder la esperanza de que la pura luz de Cristo ilumine el alma del poeta:

"Canciones de anteayer serán las que escucharéis en la noche de hoy. Porque si algo soy, si algo represento, si es cierto que en algo me estimáis, lo debo sin duda a mis canciones de anteayer.

Mi selva está intacta. Si ya no hay en ella maderas preciosas, asegurad que no fueron quemadas por mi propia voluntad, sino por la chispa desconocida que origina en las selvas incendios inevitables.

Fieras no hubo nunca en esa selva, o dormían un sueño de siglos. Aves sí. Las serpientes que

reptan y suben a los árboles más corpulentos y sombrosos, ricas en ponzoñas y en viscosidades, son desconocidas en mi selva. Pájaros que no existen cantan allí canciones que sólo yo escucho. Y no sería locura afirmar que las hadas, y los gnomos y los silfos, y otros espíritus de la Naturaleza danzan bajo las ramas intrincadas una desconcertante gavota".

Y el poema lo explica así:

"Era en una noche de otoño, y yo estaba en un parque, en un parque inmenso de un pueblo matancero. Había luna en el cielo. Cuando uno se encuentre solo en un parque, en las horas de la medianoche, no debe acobardarse: la luna le hará compañía. Jamás, cuando no hay luna, se encuentra uno en un parque en las horas más altas. Observadlo. Y es que un parque sin luna es mitad parque y mitad otra cosa cualquiera. Los parques de la ciudad están demasiado cerca de la civilización, de los ruidos y de las luces. No tienen misterio. Los parques campesinos son un pedazo de campiña o de potrero que ha tomado por asalto el centro de la aldea. Bien. Aquella noche, por aquel parque donde yo me encontraba, pasó un perro, pasó un hombre, pasó un caballo. Los duendes no pasaron, porque los duendes son huéspedes permanentes de los parques aldeanos, y moran entre las ramas rumorosas. El caballo, —yo me debo a la verdad— se comía las rosas de los canteros. Y el alcalde del pueblo aquel, cuando leyó los versos que escucharéis, halló muy mal que yo hiciera, en una elegía de medianoche, una denuncia incorrecta.

He aquí el pasaje de "El misterio del parque":

"Vuelvo de pronto la cabeza, como—si alguien entre la sombra me mirase.—En vano pongo clavos a mis ojos—para rasgar la obscuridad; en balde—se van hacia las sombras mis pupilas;—nadie me mira entre las sombras, nadie. !—y alguien me está mirando entre la sombra. !—Yo sospecho que el parque quiere hablarme; y como el parque y yo somos amigos,—de cuando él era templo y yo era abate,—de cuando él era mar y yo era espuma,—de cuando él era viento y yo era ave,—nada tiene que ver que recor-



3

2

1000115

dando—al amigo de siempre, gozo halle—en decir a mi alma cómo pudo,—tras viento, templo y mar, ser ahora parque;—que yo le contaré cómo tras series—de evoluciones espirituales,—después de ser un ave soy poeta;—ave que canta para sí...”

¿No estamos ya en la morada interior del poeta? ¿No vemos claramente que no hay en ella ni una mala pasión, ni un resentimiento, ni una sombra lejana siquiera ni de la soberbia, ni de la ira, ni mucho menos de la pequeña y ruin envidia? Por eso puede decirnos, y nos sentiremos traspasados del espíritu de la verdad: “Fieras no hubo nunca en esa selva, o dormían un sueño de siglos. Aves sí. Las serpientes que reptan y suben a los árboles más corpulentos y sombrosos, ricas en ponzoñas y en viscosidades, son desconocidas en mi selva”.

Y después de descubrirnos su reino interior—en este comentario a una poesía de 1921, es decir, cuando estaba escribiendo Agustín Acosta su gran libro de intimidad idílica, en el que asistimos a los más genuinos hallazgos de la poesía de lo cotidiano, cuando iba un día y otro elaborando su “Hermanita”, el ingenio, la donosura, o el tono simplemente festivo daban señales inequívocas de cómo pueden coincidir en el alto espíritu del poeta con los más puros impulsos de la poesía: “Y el Alcalde del pueblo aquel, cuando leyó los versos que escucharéis, halló muy mal que yo hiciera, en una elegía de medianoche, una denuncia incorrecta”. Antes había escrito: “El caballo—yo me debo a la verdad—se comía las rosas de los canteros”.

Han pasado varios lustros. Agustín Acosta, que ha estado en los comienzos del último verano enfermo, y que ha descrito los lances de su dolencia en una de sus cartas más ingeniosas, con un tono más festivo aún que el que le es habitual, anda ahora en una de sus empresas poéticas esenciales; su poema consagrado a Cristo, a su

Vida, a su Pasión y a su Muerte. En una de sus cartas acerca de su nuevo poema, que yo he sentido, he presentido pudiera decir mejor, en tantos momentos de su obra, me dice: “Afirmo que Cristo Es. Decir que **Fué** me parece una blasfemia”. ¿No lo afirmamos así, un día y otro, cuando nos acercamos al misterio inefable de la Eucaristía?

En una de las poesías últimas suyas, que su amistad fraternal me ha hecho conocer hace muy pocos días, en la titulada “Último camino”, leo estos versos:

“Dadme un solo camino, yo ya no quiero otro,—Yo oculto mis hallazgos en la fe y el amor.—¿Gloria? ¿Poder? No quiero. Yo sólo anhelo uno:—el que me lleva a Dios”.

¿Que el poema de Cristo —la vida de Jesús partiendo de los textos evangélicos— lleve al gran poeta, a nuestro poeta nacional, por excelencia, al camino anhelado, al que ha de acercarlo indefectiblemente a Aquel que dijo: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida!”

DM, dic 12/04